



📌 **Los Tele-adictos^[1]: la televisión es *omnivoyeur* y sus hijos tele-gozan**

Ernesto Sinatra

Psicoanalista

Miembro da Escola de Orientación Lacaniana

Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanalise

sinatra@uolsinectis.com.ar

Resumen:

La televisión es *omnivoyeur*, penetra en vuestros hogares forzando la puerta de la realidad para disfrazar cada vez más lo real: ella induce en ustedes y –sobre todo– en vuestros hijos, identificaciones, rasgos, formas de vida a los que adherirse: con sólo mirarlos les impone la uniformidad de un modo de gozar.

Palabras-clave: Televisión, modo de gozar, identificaciones, realidad virtual

THE TELLY-ADICTEDS: TELEVISION IS OMNIVOYEUR AND THEIR SONS TELLY-ENJOY

Abstract:

Television is *omnivoyeur*. It penetrates your home pushing the door of the reality so as to disguise, once more, the real. It induces in you and specially in your children – the adoption of identifications, traces, lifestyles: only by staring at you, it imposes a uniformity in the ways of enjoyment.

Keywords: television, identifications, ways of enjoyment, virtual reality

"...somos seres mirados por el espectáculo del mundo... ¿No hay satisfacción en el estar bajo esa mirada..., esa mirada que nos cerca, y que nos convierte en primer lugar en seres mirados, pero sin que nos lo muestren? El espectáculo del mundo, en este sentido, nos aparece como *omnivoyeur*. Tal la fantasía que encontramos el efecto en la perspectiva platónica, la de un ser absoluto al que se le transfiere la

calidad de omnividente" (Jacques Lacan, 19-2-64).

El espectáculo del mundo ha virado su ángulo de visión; hoy se ha encarnado en un *gadget* privilegiado: La televisión global *mira* en cada hogar la forma de vida que promueve con su modo uniforme de goce, como asimismo los efectos identificat6rios que produce. Por ello, tal vez valga la *pena* –literalmente– detenerse en esta funci3n de la televisi3n, ya que muestra en la "3poca del Otro que no existe"^[2] lo que Jacques Lacan afirm3 respecto del mundo: su condici3n de *omnivoyeur*, es decir, al igual que el pretendido Dios-Uno, su presencia de todo-mirada, eso que *todo* –y a todos– mira.

El protagonista del film "*The Truman Show*" demostr3 la inc3moda satisfacci3n que produce el estar bajo la mirada del Otro: *3l no sab3a que era mirado, 3l cre3a que viv3a en el mundo real*; encontr3ndose en este mismo punto con el protagonista de otro film, "*Matrix*", cuando despierta "al desierto de lo real", luego de su elecci3n de querer saber de verdad qu3 es lo que encubri3an los semblantes del mundo.

La televisi3n es *omnivoyeur*, penetra en vuestros hogares forzando la puerta de la realidad para disfrazar cada vez m3s lo real: ella induce en ustedes y –sobre todo– en vuestros hijos, identificaciones, rasgos, formas de vida a los que adherirse: con s3lo mirarlos les impone la uniformidad de un modo de gozar. Tal vez no se ha puesto el debido 3nfasis en que los hijos de la televisi3n –y esto va m3s all3 de los pa3ses, inclusive hasta m3s all3 de las variantes culturales– no toman tanto de los padres, como otrora, los rasgos de identificaci3n, sino que muchas veces los adquieren de personajes de la televisi3n, a partir –por ejemplo– de modos de hablar que, habitualmente, nada tienen que ver con las desinencias de las lenguas maternas de cada ciudad: responden al monolingüismo de la globalizaci3n. Uno los escucha: los ni3os hablan (es decir, gozan del lenguaje) seg3n las desinencias f3nicas de eso que los mira todo el d3a –y que ellos no quieren dejar bajo ning3n concepto– que es la televisi3n. Ella los hace tele-gozar desde dibujos animados, telenovelas, series y pel3culas *ready-made* en las que sus guionistas se enfrentan para ver qui3n se destaca en ofrecer m3s lugares comunes, siempre de un modo convencional –es decir, adaptativo–, pero en los que nunca falta una pizca (a menudo, varias) de violencia ni de realismo sexual. Sobredosis de sexo y de violencia son introducidos por su mirada, para llegar tambi3n al segmento adolescente, intentando seducir hasta a los "rebeldes", hijos del *piercing*, aquellos que marcan sus cuerpos erigiendo nuevas zonas er3genas a partir del dolor (o resaltando zonas tradicionales), exhibiendo lo que han perforado all3, en el cuerpo, donde la impotente funci3n del semblante paterno dej3 su lugar vac3o.

Y de los adultos, ni hablar: todo para ver^[3]. La m3quina de tele-gozar se ha metido en los hogares, especialmente, con la invenci3n de los *reality-shows*, ellos dan la medida m3s exacta de la funci3n *omnivoyeur* de la "tele". En ellos se muestran seres perfectamente an3nimos, tanto como cualquier espectador, que s3lo sueña con estar ah3, del otro lado de la pantalla, siendo mirado por todos –mientras en verdad desconoce que con s3lo ver eso *ya* est3 siendo mirado del mismo modo que ellos; individuos cualesquiera mirados en su intimidad, mientras hacen de todo lo que saben hacer: es decir, una normalidad plet3rica de nada.

Mientras el tele-adicto s3lo mira y mira, esperando (una vez m3s) que el sexo explicito su goce y que la violencia estalle entre los anodinos concursantes, nada acontece, y cuando algo sucede es s3lo el cebo colocado para levantar a la audiencia y ganar algunos puntos del *rating*.

Este invento tan rentable y de baj3simo costo, usa (es decir, se abusa) de la identificaci3n del tele-adicto con el (y/o la) protagonista, pero –especialmente– del goce que produce el mirar; con un agregado: el *peeping* se encuentra en los *reality shows* autorizado para consumo masivo de jefes y jefas de hogar, sin necesidad de tener que salir de sus casas para satisfacerse: el porno show est3 en el dormitorio –o en el living– y ellos siguen siendo perfectamente normales, no son de esos "degenerados-que-pagan-para-ver" (como dec3a una mujer cualquiera defendiendo su goce televisivo).

Pero mientras el individuo queda capturado por la escena ofrecida, desconoce que tambi3n es mirado por la misma m3quina de gozar, al igual que lo son los protagonistas en el show de su realidad cotidiana

Tambi3n est3n los *talk shows*, parientes cercanos de los *reality shows*, instrumentos de tele-gozar mediante el esc3ndalo, a decir verdad, d3bil variante de los *reality shows* ya que –al menos, aparentemente– es el animador en este caso quien los mira.

Para muestra basta un bot3n, suele decirse, ya que hace poco tiempo tuve la suerte (la *tyché*, por la contingencia, por lo inesperado del encuentro) de ver uno de estos programas, un *talk show* con excelente *rating* –es decir, con muchos objetos de consumo esc3pico asegurado–. Hab3a escuchado varios comentarios de ese programa sobre el protagonismo circense de sus personajes, la disparatada participaci3n de la audiencia, la exuberancia de la animadora y –fundamentalmente– acerca de los excesos de los participantes y el histrionismo de todos. Pero debo confesar que ninguno de esos comentarios pudieron aproximarse a lo realmente acontecido aquella tarde. Al encender el televisor, ella ya estaba ah3 frente a m3, mir3ndome mirarla, como reproch3ndome mis quince minutos de tardanza en tele-mirarla, mostr3ndome lo que ten3a que ver. A partir de ese primer segundo qued3 capturado por la m3quina de gozar, como quien dir3a me dej3 llevar hasta ser tomado como un objeto m3s, es decir, como un perfecto individuo, un tele-adicto normal.

La escena era imponente: la animadora, con su opulencia corporal decadente, estaba entre una mujer y un hombre que peleaban, intentando *juntar-separarlos*. Ellos ten3an un hijo del cual el hombre

demandaba la tenencia, pero la mujer se la negaba, ni siquiera permitía que lo viera.

Hasta este punto, podríamos decir, se trataba de una situación normal. Pero de repente, todo cambió, pues apareció en la escena una tercera persona quien se abalanzó inmediatamente sobre el hombre y lo comenzó a golpear mientras éste (¿aparentaba?) no salía de su asombro). ¿Quién era esa mujer, ese nuevo personaje?: era –ni más ni menos– la amante de ella, de la mujer, y mientras golpeaba a ese hombre, ella daba sus razones: “vos sos un infeliz, ni siquiera tenés donde caerte muerto, ni tenés trabajo; la que mantiene al hijo soy yo, vos no lo podés hacer porque sos un vago y un inútil”. El hombre en cuestión (nunca mejor empleado el término) se defendió, un poco, como pudo, mientras la animadora (*ibid* paréntesis anterior) *hacía como* que quería separarlos –ya que, como se sabe, el *rating* sube cuando los cuerpos no se separan, lo que los conductores de los *Talk Shows* conocen perfectamente, ellos saben lo que están haciendo cuando permiten que eso pase, es decir que son responsables de que la obscenidad de la escena, de la imagen, capture, mire a los televidentes.

Por eso, en este caso, todo anduvo de parabienes, encaminándose hacia el paroxismo del goce escópico, cuando la *dritte* person, la amante de la mujer, poseída por su ser-pleno-en-maldad le gritó al hombre-en-cuestión “sos tan tarado, que no te diste cuenta (de) que ella se hizo embarazar por vos, aunque te tenía asco”. En ese momento el hombre-en-cuestión, con la boca abierta (porque ya el maxilar se le había ablandado como efecto del espectáculo que presenciaba) se dio vuelta, miró a su (ex) mujer, mientras ella le decía, simplemente, sin alterarse: “es cierto, siempre me diste asco”.

La tragicomedia se había desencadenado, dejando en el centro de la escena un breve silencio que hizo –por primera vez– su presentación; silencio al que nuestra animadora interrumpió prontamente, para mostrar a la televidencia el saldo de saber depositado : que todo había sido un artificio armado entre esas dos mujeres porque querían tener un hijo, y ya que no lo podían tener entre ellas por razones biológicas, decidieron que una de ellas se prestase para que se lo hiciera el “tarado” (nombre de goce, que como ya ustedes dedujeron, propinaron al hombre-en-cuestión).

A partir de ese momento, cuando supuse que no habría ya más nada que mostrar, comenzó un alegato del personaje masculino, quien, pretendiendo contrariar el nombre-insulto que le había sido propinado, confirmó su condición de goce de múltiples maneras. El *tarado* no sólo musitaba que no se reconocía tal, sino que pretextó haber sido engañado en su mejor fe –mientras continuaba siendo vapuleado, ahora, por las dos mujeres frente a la mirada cómplice de la animadora.

A continuación, para rubricar definitivamente la pertinencia del nombre elegido, entró en escena un nuevo personaje: la madre del muchacho... para defenderlo, ya que el *tarado*, compungido, sólo lloraba. La pelea verbal entre las tres mujeres no tuvo desperdicio, ni ahorró a la mirada del espectador ningún exceso, ningún detalle. Verdaderamente fue una escena pantagruélica, era un festín en el que se trataba de quién se comía a quién: el estrago generalizado se escenificaba, simplemente. Para colmo de males, luego entró en escena otro personaje, otro “hombre”: ahora el padre de ella, de la mujer, quien se oponía (aunque tímidamente, es preciso notarlo) a lo que su propia hija habría hecho, cuestionándola; mientras la dama en cuestión le rebatía de un modo tan absurdo como reñido con la más elemental lógica argumentativa, al par que agitaba su brazo izquierdo repetidamente, hacia atrás y hacia delante, dirigiéndose de ese modo a su padre, mientras lo azuzaba reprochándole: “ivos callate, que tampoco tenés autoridad moral para hablar, si vos también sos un borracho y un vago!”.

Si –como trataremos a continuación– la caída del padre es un signo de los tiempos, este programa empleó un acelerador de partículas para desintegrar la función paterna hasta pulverizarla.

En otro sector del escenario permanecía sola la amante, pero les aseguro que su momento de soledad no parecía importunarla, ya que se bastaba perfectamente: continuaba saltando y gritando, mientras hacía gestos de golpear al *tarado* a la distancia.

Allí estaban una mujer y su ex-pareja, su amante, su padre, el padre de ella y la madre de él, con la animadora como ¿justo? medio.

A esta altura del espectáculo pensé, “esto no puede ser verdad”, e inmediatamente después me interrogué “¿acaso importa preguntarse por la veracidad del hecho –en la realidad cotidiana, sobre esas personas–? ¿o lo que sólo importa es lo que se está mostrando en ese momento, en ese programa, a toda esa multitud que lo ve? Pero el pensamiento insistía, ¿habrá sido o no verdad?, en ese momento capté que –a decir *verdad*– la sustancia con la que se produce esta pregunta es con el gusto morbosos de cada cuál, ya que –como siempre– uno quiere saber acerca del goce del Otro... para desconocer el propio y sus consecuencias.

Entonces recordé lo que ya sabía, que lo verdadero y lo falso son semblantes que no cuentan en ese ámbito, y que lo único que tiene relevancia para esta máquina es producir un *plus de gozar* que se sintonice con el fantasma de cada individuo que mira, para –entonces, en ese mismo momento– atraparlo como objeto de goce.

También se suele decir que sólo lo que ocurre en la televisión existe, o su equivalente, que es verdadero. Baudrillard tomó ese aserto al pie de la letra para problematizar los hechos de la realidad, cuando escribió que la guerra del golfo podría no haber existido, que tan sólo la habríamos visto por televisión. Pero, a diferencia de Baudrillard, puedo afirmar que el espectáculo que les he narrado –la pantomima del lazo entre hombres y mujeres a la que he asistido y que fue transmitida de ese modo, por esa conductora, en ese programa, en ese momento y por ese canal– (puedo asegurar que) sí existió.

Si la *verdad*, calificando a los hechos de la realidad, no alcanza para justipreciar lo que allí aconteció, no es por la sanción de *falso* que recaería sobre las proposiciones formuladas (ya que no importa si los protagonistas simulaban o sufrían de verdad tales humillaciones), es porque ese acontecimiento

ofrecido por la mirada es goce: lo que de *verdad* aconteció es eso dado a ver, ofrecido como cebo del consumo para consumir al tele-adicto. Y esto vale, además, para la guerra del golfo, más allá de los cuerpos reales caídos, cuyas imágenes fueron sustraídas en aquella ocasión.

En este punto podemos interrogar: ¿Qué hace cada uno con lo que consume?, ¿se presta o no a ser consumido por los *gadgets* –entre ellos, por ejemplo– por la máquina *omni-voyeur* de gozar, esa que produce tele-adictos entre hombres y mujeres? ¿se deja mucho, poco, poquito, nada...?

Por ello, y para no dejar el análisis en una fácil posición de escepticismo, es preciso localizar –al menos una– salida que permita reintroducir la subjetividad en el individuo de las multitudes, un instrumento cuestionador del consumo. Esta perspectiva, que va en la dirección contraria al modo de gozar contemporáneo, se llama psicoanálisis.

Es evidente que también la clínica psicoanalítica registra estos desplazamientos, los que se presentan en muchas oportunidades de un modo dramático: los efectos en la subjetividad que afectan a los ciudadanos conmueven al psicoanalista y le plantean nuevos problemas. Los casos que llegan al consultorio no tienen ya la "pureza clínica" de un siglo atrás. Las obsesiones ya no son el compendio de rituales sistematizados descritos por Sigmund Freud en el inicio de su investigación, ni las histerias esos casos "puros" que culminaban en ataques y conversiones, pero finalmente dóciles a la interpretación. Hoy, las drogas y los trastornos alimentarios se mezclan con las estructuras clínicas y dificultan no sólo el diagnóstico diferencial sino que cuestionan la eficacia de la práctica analítica.

Se verifica hasta qué punto la así llamada "pos-modernidad" oficia de marco para que hombres y mujeres se incluyan en el mercado del consumo como sus objetos. A lo que respondemos como psicoanalistas ofreciendo nuestro dispositivo para evitar que sea tan simple el aplastamiento de la subjetividad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

[1] Este texto se basa –principalmente– en el primer capítulo del libro **Nosotros los hombres, un estudio psicoanalítico**, Buenos Aires: Editorial TRES HACHES, 2003.

[2] MILLER, J-A. & LAURENT, E. (1996/97) **El Oto que no existe y sus comités de ética**, Buenos Aires, Paidós, 2005.

[3] Pero el hombre pos-moderno no es sólo "tele-adicto", también es "tara-cinéfilo": Un exitoso cineasta –oriundo del shopping de la globalización del consumo– afirmó que no hay nada que esperar del actual cine norteamericano, ya que el espectador construido por el mercado cinéfilo tiene...12 años de edad mental; Woody Allen proponía, por ende, buscar gurúes, nuevos signos de creación cinematográfica en Europa, en Latinoamérica o en Irán, pero ya no en los EEUU.